

Domingo XIII del Tiempo Ordinario (ciclo B)

- DEL MISAL MENSUAL
- BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- SAN JERÓNIMO (www.iveargentina.org)
- FRANCISCO – Homilía en Santa Marta, 4 de febrero de 2014
- BENEDICTO XVI – Ángelus 2012
- DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino
- RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)
- FLUVIUM (www.fluvium.org)
- PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)
- BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)
- Chanoine Dr. Daniel MEYNEN (Saint Aubain, Namur, Bélgica) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

LA NIÑA SE LEVANTÓ INMEDIATAMENTE

Sb 1,13-15, 2,23-24; 2 Co 8,7.9.13-15; Mc 5,21-43

El último libro del Antiguo Testamento cierra la pinza temática con el libro del Génesis afirmando que “Dios creó al hombre para la inmortalidad”. Por su parte el primer libro bíblico presenta la realidad que afligirá a los hijos de Adán, la angustia al saber que salieron del polvo y volverán al polvo. Como criaturas finitas y frágiles experimentamos la caducidad; sin duda la muerte es el término de una existencia terrestre, pero no es la aniquilación de nuestra existencia individual. El relato de la reanimación de la hija de Jairo es el anticipo todavía modesto de la verdadera victoria que sostiene nuestra esperanza: el Padre resucitó a su hijo Jesús, reivindicando de esa manera, las opciones y elecciones del que vivió en obediente fidelidad y generosa entrega a sus hermanos. La vida en plenitud no es un anhelo frustrado, sino una realidad germinal que Jesús nos ha ganado.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 46, 2

Pueblos todos, aplaudan; aclamen al Señor con gritos de júbilo.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que mediante la gracia de la adopción filial quisiste que fuéramos hijos de la luz, concédenos que no nos dejemos envolver en las tinieblas del error, sino que permanezcamos siempre

vigilantes en el esplendor de la verdad. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Se dice Gloria.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo.

Del libro de la Sabiduría 1, 13-15; 2, 23-24

Dios no hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes. Todo lo creó para que subsistiera.

Las creaturas del mundo son saludables; no hay en ellas veneno mortal. Dios creó al hombre para que nunca muriera, porque lo hizo a imagen y semejanza de sí mismo; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo y la experimentan quienes le pertenecen.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 29, 2.4. 5-6. 11-12a. 13b

R/. Te alabaré, Señor, eternamente.

Te alabaré, Señor, pues no dejaste que se rieran de mí mis enemigos. Tú, Señor, me salvaste de la muerte y a punto de morir, me reviviste. **R/.**

Alaben al Señor quienes lo aman, den gracias a su nombre, porque su ira dura un solo instante y su bondad, toda la vida. El llanto nos visita por la tarde; por la mañana, el júbilo. **R/.**

Escúchame, Señor, y compadécete; Señor, ven en mi ayuda. Convertiste mi duelo en alegría, te alabaré por eso eternamente. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Que la abundancia de ustedes remedie la necesidad de sus hermanos pobres.

De la segunda carta del apóstol san Pablo u los corintios 8, 7. 9. 13-15

Hermanos: Ya que ustedes se distinguen en todo: en fe, en palabra, en sabiduría, en diligencia para todo y en amor hacia nosotros, distínganse también ahora por su generosidad.

Bien saben lo generoso que ha sido nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por ustedes, para que ustedes se hicieran ricos con su pobreza.

No se trata de que los demás vivan tranquilos, mientras ustedes están sufriendo. Se trata, más bien, de aplicar durante nuestra vida una medida justa; porque entonces la abundancia de ustedes remediará las carencias de ellos, y ellos, por su parte, los socorrerán a ustedes en sus necesidades.

En esa forma habrá un justo medio, como dice la Escritura: Al que recogía mucho, nada le sobraba; al que recogía poco, nada le faltaba.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

ACLAMACIÓN cfr. 2 Tm 1, 1 o

R/. Aleluya, aleluya.

Jesucristo, nuestro Salvador, ha vencido la muerte y ha hecho resplandecer la vida por medio del Evangelio. **R/.**

EVANGELIO

¡Óyeme, niña, levántate!

+ Del santo Evangelio según san Marcos 5, 21-43

En aquel tiempo, cuando Jesús regresó en la barca al otro lado del lago, se quedó en la orilla y ahí se le reunió mucha gente. Entonces se acercó uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo. Al ver a Jesús, se echó a sus pies y le suplicaba con insistencia: “Mi hija está agonizando. Ven a imponerle las manos para que se cure y viva”. Jesús se fue con él, y mucha gente lo seguía y lo apretujaba.

Entre la gente había una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años. Había sufrido mucho a manos de los médicos y había gastado en eso toda su fortuna, pero en vez de mejorar, había empeorado. Oyó hablar de Jesús, vino y se le acercó por detrás entre la gente y le tocó el manto, pensando que, con sólo tocarle el vestido, se curaría. Inmediatamente se le secó la fuente de su hemorragia y sintió en su cuerpo que estaba curada.

Jesús notó al instante que una fuerza curativa había salido de Él, se volvió hacia la gente y les preguntó: “¿Quién ha tocado mi manto?” Sus discípulos le contestaron: “Estás viendo cómo te empuja la gente y todavía preguntas: ‘¿Quién me ha tocado?’” Pero Él seguía mirando alrededor, para descubrir quién había sido. Entonces se acercó la mujer, asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado; se postró a sus pies y le confesó la verdad. Jesús la tranquilizó, diciendo: “Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y queda sana de tu enfermedad”.

Todavía estaba hablando Jesús, cuando unos criados llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle a éste: “Ya se murió tu hija. ¿Para qué sigues molestando al Maestro?” Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: “No temas, basta que tengas fe”. No permitió que lo acompañaran más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago.

Al llegar a la casa del jefe de la sinagoga, vio Jesús el alboroto de la gente y oyó los llantos y los alaridos que daban. Entró y les dijo: “¿Qué significa tanto llanto y alboroto? La niña no está muerta, está dormida”. Y se reían de Él.

Entonces Jesús echó fuera a la gente, y con los padres de la niña y sus acompañantes, entró a donde estaba la niña. La tomó de la mano y le dijo: “¡Talitá, kum!”, que significa: “¡Óyeme, niña, levántate!” La niña, que tenía doce años, se levantó inmediatamente y se puso a caminar. Todos se quedaron asombrados. Jesús les ordenó severamente que no lo dijeran a nadie y les mandó que le dieran de comer a la niña.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

Se dice Credo.

PLEGARIA UNIVERSAL

Pidamos, hermanos, al Señor que escuche nuestras oraciones, para que podamos alegrarnos al recibir su ayuda, respondiendo: Escúchanos, Señor. (**R/. Escúchanos, Señor.**)

Por los ministros de la Iglesia que han consagrado su vida al Señor y por todos los pueblos que adoran al Dios verdadero, roguemos al Señor.

Para que el tiempo sea bueno y todos podamos gozar de una naturaleza limpia en la bella sucesión de las diversas estaciones, roguemos a Dios, que con sabiduría gobierna al mundo.

Por los que son víctimas de la debilidad humana, del espíritu de odio o de envidia o de los otros vicios del mundo, roguemos al Redentor misericordioso.

Encomendémonos mutuamente al Señor, pongamos toda nuestra existencia en sus manos y oremos con confianza al autor y guardián de todo lo que tenemos y poseemos.

Dios nuestro, que en el misterio de tu Hijo, pobre y crucificado, has querido enriquecernos con tus bienes, escucha nuestras oraciones y no permitas que, mientras anunciemos a los demás la alegre novedad del Evangelio, nos acobardemos ante la pobreza o la cruz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, que bondadosamente realizas el fruto de tus sacramentos, concédenos que seamos capaces de servirte como corresponde a tantos misterios. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 102, 1

Bendice, alma mía al Señor; que todo mi ser bendiga su santo nombre.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la víctima divina que te hemos ofrecido y que acabamos de recibir, nos vivifique, Señor, para que, unidos a ti con perpetuo amor, demos frutos que permanezcan para siempre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- La obra literaria más antigua de la humanidad, es decir, la epopeya de Gilgamesh, datada hace más de cuatro milenios, recoge la preocupación fundamental de todo ser humano, cómo traspasar la barrera de la muerte, cómo alcanzar la inmortalidad. Cuestión antiquísima y permanente, la sed de infinito, el ansía de eternidad. Aunque los creyentes estamos inmersos en una cultura que le resulta cada vez difícil abrirse al trascendente, anhelamos anclar nuestra esperanza en el Señor de la Vida. El relato evangélico refiere la muerte prematura de una niña, hija de Jairo; la enfermedad había arrancado de tajo todas sus esperanzas. Jesús sabe que la vida divina es el bien máximo que Dios nos ha regalado, y por eso devuelve la vida humana a la pequeña, como señal que de que su Padre está decidido a mantener su oferta de amistad y asociarnos con su Hijo en la plenitud de la vida.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo (Sb 1,13-15; 2,23-24)

1ª lectura

La afirmación central es que Dios no es autor de la muerte, sino que la muerte vino como consecuencia del pecado. Desde esta convicción el autor inspirado ve la muerte física como símbolo de la muerte espiritual, la verdadera muerte, que consiste en la separación definitiva de Dios (cfr 3,1-9). Estas palabras se aclaran a la luz de 2,23-24 y desde ellas San Pablo interpreta la muerte como consecuencia del pecado original (cfr Rm 5,12-15). El presente pasaje de Sabiduría permite mirar con optimismo la creación, pues no procede de ella el germen de destrucción, ya que Dios es el autor de la vida y lo que concierne a Dios, la justicia (cfr 1,1-2), no muere.

El error de los impíos es pensar que después de la muerte no hay nada más. Pero este razonamiento va unido a la maldad de sus vidas, al no reconocimiento de los designios divinos y al desprecio de la vida de los justos. Frente a aquéllos, el autor inspirado afirma con fuerza cuál fue el proyecto divino sobre el hombre al crearlo y por qué existe la muerte (vv. 23-24). Pero de nuevo

«muerte» tiene aquí, en primer lugar, un sentido abarcante: equivale a la pérdida de la incorruptibilidad que, para el autor del libro, se da más allá de la muerte física. La muerte que entró en el mundo por envidia del diablo, y que experimentan quienes le pertenecen, es quedar reducido a nada; ser sin más «un cadáver deshonesto» (4,19), porque se ha perdido la dimensión incorruptible que viene de Dios. Esta exposición doctrinal supone los relatos del Génesis: el de la creación del hombre hecho a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26) y, por tanto, con un principio de inmortalidad; y el relato de la caída original, provocada por el diablo, con la consecuente pérdida de aquella inmortalidad (cfr Gn 3-4). Pero el autor de Sabiduría va más allá: la «inmortalidad» — entendida por él como «incorruptibilidad» — de la persona en su totalidad psico-somática, sólo la pierden quienes obedecen al diablo. A partir de esta interpretación, y a la luz de la Resurrección de Jesucristo, San Pablo enseña que la muerte, tanto física como espiritual, llega a todos los hombres por el pecado de Adán; pero a todos llega también, por Cristo, nuevo Adán, la redención de la muerte.

El diablo, en griego *diabolós*, significa «acusador, calumniador» y es la traducción ordinaria del hebreo *Satán*. El relato del Génesis no es citado aquí de modo expreso, pero está en el trasfondo ya que ahí se identifica a la serpiente con el enemigo de Dios y del hombre. Los autores del Nuevo Testamento recordarán que el diablo fue homicida desde el principio (cfr Jn 8,44); y el Apocalipsis, al relatar el combate entre ángeles buenos y malos, afirmará: «Fue arrojado aquel gran dragón, la serpiente antigua, llamado Diablo y Satanás, que seduce a todo el universo» (Ap 12,9).

Generosidad con los necesitados (2 Co 8,7-9.13-15)

2ª lectura

Jesucristo es el ejemplo cumplido de desprendimiento y de generosidad (v. 9). «Si no podéis entender que la pobreza enriquece, representaos a Jesucristo. (...) Si Jesucristo no se hubiera hecho pobre, los hombres no hubieran podido ser enriquecidos. Todo esto ha venido a nosotros por el canal de la pobreza, es decir, porque Jesucristo se ha revestido de nuestra carne, se ha hecho hombre, ha sufrido todo lo que sabemos, aunque Él no fuera, como lo somos nosotros, deudor de la pena y de los sufrimientos» (S. Juan Crisóstomo, *In 2 Corinthios* 17).

La donación de Jesucristo es punto de referencia en los donativos que hacen los fieles: «Desde el principio, junto con el pan y el vino para la Eucaristía, los cristianos presentan también sus dones para compartirlos con los que tienen necesidad. Esta costumbre de la *colecta*, siempre actual, se inspira en el ejemplo de Cristo que se hizo pobre para enriquecernos» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1351).

Resurrección de la hija de Jairo (Mc 5,21-43)

Evangelio

En la descripción de estos dos milagros Marcos deja notar su gusto por los detalles que evocan recuerdos muy precisos. Pero, al mismo tiempo, cada una de las cosas que relata está orientada a subrayar algunas enseñanzas a sus lectores: el alcance y el valor de la fe en Jesús, y nuestro encuentro personal con Él.

La hemorroísa padecía una enfermedad por la que incurría en impureza legal (cfr Lv 15,25ss.). El evangelista señala con rasgos vivos su situación desesperada y su audacia para tocar las vestiduras de Jesús. Realizada ya la curación, Jesús provoca el diálogo por el que hace patente a todos que la causa de la curación no hay que buscarla en una especie de sortilegio, sino en la fe de la

hemorroísa y en el poder que emana de Él: «Ella toca, la muchedumbre oprime. ¿Qué significa “tocó” sino que creyó?» (S. Agustín, *In Ioannis Evangelium* 26,3).

La historia de Jairo muestra también la fe del jefe de la sinagoga que, alentado por Jesús, vence las dificultades que van surgiendo. Su hija está a punto de morir y por eso pasa por encima de su posición social y ruega a Jesús que vaya a curarla (vv. 22-23). Después de esto, por dos veces (vv. 36-40), ante la noticia de la muerte y las burlas, Jesús conforta su fe con palabras o con gestos. Finalmente, la fe de Jairo se ve recompensada con la resurrección de su hija. «Quien sabe dar buenos dones a sus hijos nos obliga a pedir, buscar y llamar. (...) Esto puede causar extrañeza si no entendemos que Dios nuestro Señor (...) pretende ejercitar con la oración nuestros deseos, y prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar» (S. Agustín, *Epistolae* 130,16-17).

La resurrección de la niña, aunque es un hecho público, se realiza sólo en presencia de los padres y de los tres discípulos más allegados a Cristo. Aun así, les «insistió mucho» (v. 43) en que no divulgaran el milagro. Con esta actitud que ya se ha mostrado en otros lugares, parece que Jesús quería evitar interpretaciones equivocadas de su condición de Mesías-Salvador: la obra total de Cristo no comprende sólo sus milagros, sino también su muerte en la cruz y su resurrección.

SAN JERÓNIMO (www.iveargentina.org)

La hemorroísa

¿Quién me ha tocado?, pregunta, mirando en derredor, para descubrir a la que lo había hecho. ¿No sabía el Señor quién lo había tocado? Entonces, ¿por qué preguntaba por ella? Lo hacía como quien lo sabe, pero quiere ponerlo de manifiesto. *Y la mujer, llena de temor y temblorosa, conociendo lo que en ella había sucedido...* etc. Si no hubiese preguntado y hubiese dicho: ¿Quién me ha tocado?, nadie hubiera sabido que se había realizado un signo. Habrían podido decir: no ha hecho ningún signo, sino que se jacta y habla para gloriarse. Por ello pregunta, para que aquella mujer confiese y Dios sea glorificado.

Y se postró ante él y le dijo toda la verdad. Observad los pasos, ved el progreso. Mientras padecía flujo de sangre, no había podido venir ante Él: fue sanada y vino ante Él. Y se postró a sus pies. Todavía no osaba mirarle a la cara: apenas ha sido curada, le basta con tener sus pies. «Y le dijo toda la verdad». Cristo es la verdad. Y como había sido curada por la verdad, confesó la verdad.

Y Él le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado» La que así había creído digna es de ser llamada hija. La multitud, que lo apretuja, no puede ser llamada hija, mas esta mujer, que cae a sus pies y confiesa, merece recibir el nombre de hija. «Tu fe te ha salvado». Observad la humildad: es Él mismo el que sana y lo refiere a la fe de ella. «Tu fe te ha salvado».

Tu fe te ha sanado: vete en paz. Antes de que creyeses en Salomón, esto es, en el pacífico, no tenías paz, ahora, sin embargo, vete en paz. «Yo he vencido al mundo» 6. Puedes estar segura de que tienes la paz, porque ha sido sanado el pueblo de los gentiles.

Llegan de casa del jefe de la sinagoga, diciendo: «Tu hija ha muerto: ¿por qué molestar más al maestro?» 7. Resucitó la Iglesia y murió la sinagoga. Aunque la niña había muerto, le dice, no obstante, el Señor al jefe de la sinagoga: *No temas, ten sólo fe.* Digamos también nosotros hoy a la sinagoga, digamos a los judíos: ha muerto la hija del jefe de la sinagoga, mas creed y resucitará.

No permitió que nadie le siguiera más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Alguien podría preguntar, diciendo: ¿por qué son siempre elegidos estos tres, y los demás son

dejados aparte? Pues también cuando se transfiguró en el monte, tomó consigo a estos tres. Así, pues, son tres los elegidos: Pedro, Santiago y Juan. En primer lugar, en este número se esconde el misterio de la Trinidad, por lo que este número es santo de por sí. Pues también Jacob, según el Antiguo Testamento, puso tres varas en los abrevaderos. Y está escrito en otro lugar: «El esparto triple no se rompe». Por tanto, es elegido Pedro, sobre el que ha sido fundada la Iglesia, Santiago, el primero entre los apóstoles que fue coronado con el martirio, y Juan, que es el comienzo de la virginidad.

Y llegó a la casa del jefe de la sinagoga y vio un alboroto y unas lloronas plañideras. Incluso hoy sigue habiendo alboroto en la sinagoga. Aunque afirmen que cantan los salmos de David, su canto, sin embargo, es llanto.

Y entrando les dice: ¿Por qué estáis turbados y lloráis? La niña no ha muerto, sino que duerme. Es decir, la niña, que ha muerto para vosotros, vive para mí: para vosotros está muerta, para mí duerme. Y el que duerme puede ser despertado.

Y se burlaban de él. Pues no creían que la hija del jefe de la sinagoga pudiera ser resucitada por Jesús.

Pero él, echando a todos fuera, tomó consigo al padre y a la madre de la niña. Dirijámonos a los santos varones, que realizan signos, a quienes el Señor les concedió ciertos poderes. He aquí que Cristo, cuando iba a resucitar a la hija del jefe de la sinagoga, echa fuera a todos, para que no pareciera que lo hacía por jactancia. Así, pues, habiendo echado a todos, él tomó consigo al padre y a la madre de la niña. E incluso a ellos les hubiera echado probablemente, si no hubiera sido por consideración a su amor de padres, para que vieran a su hija resucitada. *Y entra donde estaba la niña, y tomándola de la mano... etc.* En primer lugar tomó su mano, sanó sus obras y de este modo la resucitó. Entonces se cumplió verdaderamente esto: «Cuando haya entrada la plenitud de las naciones, entonces todo Israel será salvo». Dice, pues, Jesús: *Talitha kumi*, que significa: Niña, levántate para mí. Si hubiera dicho: «Talitha kum», significaría: «Niña, levántate», pero como dijo «Talitha kumi», esto significa, tanto en lengua siria como en lengua hebrea: «Niña, levántate para mí». «Kumi» significa: «Levántate para mí». Observad, pues, el misterio de la misma lengua hebrea y siria. Es como si dijese: niña, que debías ser madre, por tu infidelidad continúas siendo niña. Lo que podemos expresar de este otro modo: porque vas a renacer, serás llamada niña. «Niña, levántate para mí», o sea, no por tu propio merito, sino por mi gracia. Levántate, por tanto, para mí, porque serás curada por tus virtudes.

Ya al instante se levantó la niña y echó a andar. Que nos toque también a nosotros Jesús y echaremos a andar. Aunque seamos paralíticos, aunque poseamos malas obras y no podamos andar, aunque estemos acostados en el lecho de nuestros pecados y de nuestro cuerpo, si nos toca Jesús, al instante quedaremos curados. La suegra de Pedro estaba dominada por las fiebres: la tocó Jesús y se levantó, e inmediatamente se puso a servirle. Ved qué diferencia. Aquella es tocada, se levanta, y se pone a servir, a ésta le basta sólo andar.

Y quedaron fuera de sí, presos de gran estupor, y les mandó insistentemente que callaran y que no lo dijeran a nadie. ¿Veis el motivo, por el que había echado a la turba para realizar los signos? Les mandó —y no sólo les mandó, sino que además les mandó insistentemente— que nadie lo supiera. Mandó a los tres apóstoles, y mandó también a los padres que nadie lo supiera. Lo mandó el Señor a todos, mas la niña, que resucitó, no puede callar.

Y dijo que le dieran de comer: para que la resucitada no se tomara por un fantasma. Él mismo también, por este motivo, después de su resurrección comió del pescado y de la miel. «Y dijo que le dieran de comer». Te pido, Señor, que también a nosotros, que estamos tendidos, nos tomes de la

mano, nos levantes del lecho de nuestros pecados y nos hagas caminar. Y cuando caminemos, manda que nos den de comer; estando yacentes, no podemos hacerlo. Si no nos levantarnos, no somos capaces de recibir el cuerpo de Cristo. A Él la gloria, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

(Comentario al Evangelio de San Marcos, Ed. Ciudad Nueva, Madrid, 1989, pg. 49-53)

FRANCISCO – Homilía en Santa Marta, 4 de febrero de 2014

Cuando Dios llora

Todo buen padre “necesita del hijo: le espera, le busca, le ama, le perdona, le quiere cerca de sí, tan cerca como la gallina quiere a sus polluelos”.

Al comentar las lecturas de la liturgia el Papa Francisco afrontó el tema de la paternidad, relacionándolo a las dos figuras principales descritas en el Evangelio de san Marcos (Mc 5, 21-43) y en el segundo libro de Samuel (2S 18, 9-10.14.24-25.30; 19, 1-4): o sea Jairo, uno de los jefes de la sinagoga en tiempos de Jesús, “que fue a pedir la salud para su hija”, y David, “que sufría por la guerra que estaba haciendo su hijo”. Dos hechos que, según el obispo de Roma, muestran cómo todo padre tiene “una unción que viene del hijo: no se puede comprender a sí mismo sin el hijo”.

Deteniéndose primero en el rey de Israel, el Papa recordó que a pesar de que el hijo Absalón se había convertido en su enemigo, David “esperaba noticias de la guerra. Estaba sentado entre las dos puertas del palacio y miraba”. Y si bien todos estaban seguros de que esperaba “noticias de una buena victoria”, en realidad “esperaba otra cosa: esperaba al hijo. Le interesaba el hijo. Era rey, era jefe del país, pero” sobre todo “era padre”. Y así, “cuando llegó la noticia del final de su hijo”, David “se estremeció. Subió a la habitación superior y se puso a llorar. Decía al subir: “¡Hijo mío, Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera haber muerto en tu lugar! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío!””.

Éste “es el corazón de un padre, que no reniega jamás de su hijo”, incluso si “es un bandido o un enemigo”, y llora por él. Al respecto, el Pontífice hizo notar cómo en la Biblia, David llora dos veces por los hijos: en esta circunstancia y en la que estaba por morir el hijo del adulterio: “también en esa ocasión hizo ayuno y penitencia para salvar la vida del hijo”, porque “era padre”.

Volviendo luego a la descripción del pasaje bíblico, el obispo de Roma destacó otro elemento de la escena: el silencio. “Los soldados regresaron a la ciudad tras la batalla en silencio” –destacó– mientras que cuando David era joven, al volver a la ciudad después de matar al Filisteo, todas las mujeres salieron de las casas para “alabarle, en fiesta; porque así volvían los soldados después de una victoria”. En cambio, con ocasión de la muerte de Absalón, “la victoria fue disimulada porque el rey lloraba”; en efecto, “más que rey y vencedor” David era sobre todo “un padre afligido”.

En cuanto al personaje evangélico, el jefe de la sinagoga, el Papa Francisco destacó en qué sentido se trataba de una “persona importante”, que, sin embargo, “ante la enfermedad de la hija” no tuvo vergüenza de tirarse a los pies de Jesús e implorarle: “Mi niña está en las últimas; ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva”. Este hombre no reflexiona acerca de las consecuencias de su gesto. No se detiene a pensar si Cristo “en lugar de un profeta fuese un brujo”, se arriesgaba a hacer el ridículo. Al ser “padre –dijo el Pontífice– no piensa: arriesga, se lanza y pide”. Y también en esta escena, cuando los protagonistas entran en la casa encuentran llantos y gritos. “Había personas que gritaban fuerte porque era su trabajo: trabajaban así, llorando en las casas de los difuntos”. Pero su llanto “no era el llanto de un padre”.

He aquí entonces la relación entre las dos figuras de padres. Para ellos la prioridad son los hijos. Y esto “hace pensar en la primera cosa que decimos a Dios en el Credo: “Creo en Dios padre”. Hace pensar en la paternidad de Dios. Dios es así con nosotros”. Alguien podría observar: “Pero padre, Dios no llora”. Objeción a la que el Papa respondió: “¡Cómo no! Recordemos a Jesús cuando lloraba contemplando Jerusalén: “Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces intenté reunir a tus hijos”, como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas”. Por lo tanto, “Dios llora; Jesús lloró por nosotros”. Y en ese llanto está la representación del llanto del padre, “que nos quiere a todos consigo en los momentos difíciles”.

El Pontífice recordó también que en la Biblia hay al menos “dos momentos en los que el padre responde” al llanto del hijo. El primero es el episodio de Isaac conducido al monte por Abrahán para ofrecerlo en holocausto: él se da cuenta de “que llevaban la leña y el fuego, pero no el cordero para el sacrificio”. Por ello “tenía angustia en el corazón. ¿Y qué dice? “Padre”. Y de inmediato la respuesta: “Aquí estoy, hijo””. El segundo episodio es el de “Jesús en el huerto de los Olivos, con esa angustia en el corazón: “Padre, si es posible aleja de mí este cáliz”. Y los ángeles vinieron a darle fuerza. Así es nuestro Dios: es padre”.

Pero no es sólo esto: la imagen de David que espera noticias sentado entre las dos puertas del palacio trae a la memoria la parábola del capítulo 15 del evangelio de san Lucas, la del padre que esperaba al hijo pródigo, “que se había marchado con todo el dinero, con toda la herencia. ¿Cómo sabemos que le esperaba?”, se preguntó el Papa Francisco. Porque –es la respuesta que nos dan las Escrituras– “lo vio de lejos. Y porque todos los días subía a esperar” a que el hijo volviese. En ese padre misericordioso, en efecto, está “nuestro Dios”, que “es padre”. De aquí el deseo de que la paternidad física de los padres de familia y la paternidad espiritual de los consagrados, de los sacerdotes, de los obispos, sean siempre como la de los dos protagonistas de las lecturas: “dos hombres, que son padres”.

Como conclusión, el Pontífice invitó a meditar sobre estos dos “iconos” –David que llora y el jefe de la sinagoga que se postra ante Jesús sin ninguna vergüenza, sin temor de pasar por ridículo, porque estaban “en juego sus hijos”– y pidió a los fieles que renovasen la profesión de fe, diciendo “Creo en Dios Padre” y pidiendo al Espíritu Santo que nos enseñe a decir “Abbá, Padre”. Porque –concluyó– “es una gracia poder decir a Dios: Padre, con el corazón”.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2012

Confianza en el amor de Dios que no abandona

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo, el evangelista san Marcos nos presenta el relato de dos curaciones milagrosas que Jesús realiza en favor de dos mujeres: la hija de uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y una mujer que sufría de hemorragia (cf. *Mc* 5, 21-43). Son dos episodios en los que hay dos niveles de lectura; el puramente físico: Jesús se inclina ante el sufrimiento humano y cura el cuerpo; y el espiritual: Jesús vino a sanar el corazón del hombre, a dar la salvación y pide fe en él. En el primer episodio, ante la noticia de que la hija de Jairo había muerto, Jesús le dice al jefe de la sinagoga: «No temas; basta que tengas fe» (v. 36), lo lleva con él donde estaba la niña y exclama: «Contigo hablo, niña, levántate» (v. 41). Y esta se levantó y se puso a caminar. San Jerónimo comenta estas palabras, subrayando el poder salvífico de Jesús: «Niña, levántate por mí: no por mérito tuyo, sino por mi gracia. Por tanto, levántate por mí: el hecho de haber sido curada no depende de tus virtudes» (*Homilias sobre el Evangelio de Marcos*,3). El segundo episodio, el de la mujer que sufría

hemorragias, pone también de manifiesto cómo Jesús vino a liberar al ser humano en su totalidad. De hecho, el milagro se realiza en dos fases: en la primera se produce la curación física, que está íntimamente relacionada con la curación más profunda, la que da la gracia de Dios a quien se abre a él con fe. Jesús dice a la mujer: «Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad» (*Mc* 5, 34).

Para nosotros estos dos relatos de curación son una invitación a superar una visión puramente horizontal y materialista de la vida. A Dios le pedimos muchas curaciones de problemas, de necesidades concretas, y está bien hacerlo, pero lo que debemos pedir con insistencia es una fe cada vez más sólida, para que el Señor renueve nuestra vida, y una firme confianza en su amor, en su providencia que no nos abandona.

Jesús, que está atento al sufrimiento humano, nos hace pensar también en todos aquellos que ayudan a los enfermos a llevar su cruz, especialmente en los médicos, en los agentes sanitarios y en quienes prestan la asistencia religiosa en los hospitales. Son «reservas de amor», que llevan serenidad y esperanza a los que sufren. En la encíclica *Deus caritas est*, expliqué que, en este valioso servicio, hace falta ante todo competencia profesional —que es una primera necesidad fundamental—, pero esta por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, que necesitan humanidad y atención cordial. «Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una “formación del corazón”: se les ha de guiar hacia el encuentro con Dios en Cristo que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro» (n. 31).

Pidamos a la Virgen María que acompañe nuestro camino de fe y nuestro compromiso de amor concreto especialmente a los necesitados, mientras invocamos su maternal intercesión por nuestros hermanos que viven un sufrimiento en el cuerpo o en el espíritu.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino

Cristo resucita a los difuntos

548 Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado (cf. *Jn* 5, 36; 10, 25). Invitan a creer en Jesús (cf. *Jn* 10, 38). Concede lo que le piden a los que acuden a él con fe (cf. *Mc* 5, 25-34; 10, 52). Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquel que hace las obras de su Padre: éstas testimonian que él es Hijo de Dios (cf. *Jn* 10, 31-38). Pero también pueden ser “ocasión de escándalo” (*Mt* 11, 6). No pretenden satisfacer la curiosidad ni los deseos mágicos. A pesar de tan evidentes milagros, Jesús es rechazado por algunos (cf. *Jn* 11, 47-48); incluso se le acusa de obrar movido por los demonios (cf. *Mc* 3, 22).

549 Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre (cf. *Jn* 6, 5-15), de la injusticia (cf. *Lc* 19, 8), de la enfermedad y de la muerte (cf. *Mt* 11,5), Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo (cf. *Lc* 12, 13. 14; *Jn* 18, 36), sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado (cf. *Jn* 8, 34-36), que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus servidumbres humanas.

646 La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naím, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena “ordinaria”. En cierto momento, volverán a morir. La Resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena

del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que san Pablo puede decir de Cristo que es “el hombre celestial” (cf. *1 Co* 15, 35-50).

994 Pero hay más: Jesús liga la fe en la resurrección a la fe en su propia persona: “Yo soy la resurrección y la vida” (*Jn* 11, 25). Es el mismo Jesús el que resucitará en el último día a quienes hayan creído en Él (cf. *Jn* 5, 24-25; 6, 40) y hayan comido su cuerpo y bebido su sangre (cf. *Jn* 6, 54). En su vida pública ofrece ya un signo y una prenda de la resurrección devolviendo la vida a algunos muertos (cf. *Mc* 5, 21-42; *Lc* 7, 11-17; *Jn* 11), anunciando así su propia Resurrección que, no obstante, será de otro orden. De este acontecimiento único, Él habla como del “signo de Jonás” (*Mt* 12, 39), del signo del Templo (cf. *Jn* 2, 19-22): anuncia su Resurrección al tercer día después de su muerte (cf. *Mc* 10, 34).

La muerte es transformada por Cristo

1009 *La muerte fue transformada por Cristo.* Jesús, el Hijo de Dios, sufrió también la muerte, propia de la condición humana. Pero, a pesar de su angustia frente a ella (cf. *Mc* 14, 33-34; *Hb* 5, 7-8), la asumió en un acto de sometimiento total y libre a la voluntad del Padre. La obediencia de Jesús transformó la maldición de la muerte en bendición (cf. *Rm* 5, 19-21).

El sentido de la muerte cristiana

1010 Gracias a Cristo, la muerte cristiana tiene un sentido positivo. “Para mí, la vida es Cristo y morir una ganancia” (*Flp* 1, 21). “Es cierta esta afirmación: si hemos muerto con él, también viviremos con él” (2 *Tm* 2, 11). La novedad esencial de la muerte cristiana está ahí: por el Bautismo, el cristiano está ya sacramentalmente “muerto con Cristo”, para vivir una vida nueva; y si morimos en la gracia de Cristo, la muerte física consume este “morir con Cristo” y perfecciona así nuestra incorporación a Él en su acto redentor:

«Para mí es mejor morir en (eis) Cristo Jesús que reinar de un extremo a otro de la tierra. Lo busco a Él, que ha muerto por nosotros; lo quiero a Él, que ha resucitado por nosotros. Mi parto se aproxima [...] Dejádme recibir la luz pura; cuando yo llegue allí, seré un hombre» (San Ignacio de Antioquía, Epistula ad Romanos 6, 1-2).

1011 En la muerte, Dios llama al hombre hacia sí. Por eso, el cristiano puede experimentar hacia la muerte un deseo semejante al de san Pablo: “Deseo partir y estar con Cristo” (*Flp* 1, 23); y puede transformar su propia muerte en un acto de obediencia y de amor hacia el Padre, a ejemplo de Cristo (cf. *Lc* 23, 46):

«Mi deseo terreno ha sido crucificado; [...] hay en mí un agua viva que murmura y que dice desde dentro de mí “ven al Padre”» (San Ignacio de Antioquía, Epistula ad Romanos 7, 2).

«Yo quiero ver a Dios y para verlo es necesario morir» (Santa Teresa de Jesús, Poesía, 7).

«Yo no muero, entro en la vida» (Santa Teresa del Niño Jesús, Lettre (9 junio 1987).

1012 La visión cristiana de la muerte (cf. *1 Ts* 4, 13-14) se expresa de modo privilegiado en la liturgia de la Iglesia:

«La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo. (Misal Romano, Prefacio de difuntos).

1013 La muerte es el fin de la peregrinación terrenal del hombre, del tiempo de gracia y de misericordia que Dios le ofrece para realizar su vida terrenal según el designio divino y para decidir su último destino. Cuando ha tenido fin “el único curso de nuestra vida terrenal” (LG 48), ya no

volveremos a otras vidas terrenas. “Está establecido que los hombres mueran una sola vez” (Hb 9, 27). No hay “reencarnación” después de la muerte.

1014 La Iglesia nos anima a prepararnos para la hora de nuestra muerte (“De la muerte repentina e imprevista, libranos Señor”: Letanías de los santos), a pedir a la Madre de Dios que interceda por nosotros “en la hora de nuestra muerte” (Ave María), y a confiarnos a san José, patrono de la buena muerte:

«Habrías de ordenarte en toda cosa como si luego hubieses de morir. Si tuvieses buena conciencia no temerías mucho la muerte. Mejor sería huir de los pecados que de la muerte. Si hoy no estás aparejado, ¿cómo lo estarás mañana?» (De imitatione Christi I, 23, 1).

*«Y por la hermana muerte, ¡loado mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!»*

(San Francisco de Asís, Canticum Fratris Solis)

La esperanza de los cielos nuevos y de la tierra nueva

1042 Al fin de los tiempos el Reino de Dios llegará a su plenitud. Después del Juicio final, los justos reinarán para siempre con Cristo, glorificados en cuerpo y alma, y el mismo universo será renovado:

La Iglesia [...] «sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo [...] cuando llegue el tiempo de la restauración universal y cuando, con la humanidad, también el universo entero, que está íntimamente unido al hombre y que alcanza su meta a través del hombre, quede perfectamente renovado en Cristo» (LG 48).

1043 La sagrada Escritura llama “cielos nuevos y tierra nueva” a esta renovación misteriosa que transformará la humanidad y el mundo (2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1). Esta será la realización definitiva del designio de Dios de “hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra” (Ef 1, 10).

1044 En este “universo nuevo” (Ap 21, 5), la Jerusalén celestial, Dios tendrá su morada entre los hombres. “Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado” (Ap 21, 4; cf. 21, 27).

1045 Para el hombre esta consumación será la realización final de la unidad del género humano, querida por Dios desde la creación y de la que la Iglesia peregrina era “como el sacramento” (LG 1). Los que estén unidos a Cristo formarán la comunidad de los rescatados, la Ciudad Santa de Dios (Ap 21, 2), “la Esposa del Cordero” (Ap 21, 9). Ya no será herida por el pecado, las manchas (cf. Ap 21, 27), el amor propio, que destruyen o hieren la comunidad terrena de los hombres. La visión beatífica, en la que Dios se manifestará de modo inagotable a los elegidos, será la fuente inmensa de felicidad, de paz y de comunión mutua.

1046 En cuanto al cosmos, la Revelación afirma la profunda comunidad de destino del mundo material y del hombre:

«Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios [...] en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción [...] Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior [...] anhelando el rescate de nuestro cuerpo» (Rm 8, 19-23).

1047 Así pues, el universo visible también está destinado a ser transformado, “a fin de que el mundo mismo restaurado a su primitivo estado, ya sin ningún obstáculo esté al servicio de los justos”, participando en su glorificación en Jesucristo resucitado (San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* 5, 32, 1).

1048 “*Ignoramos el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos cómo se transformará el universo. Ciertamente, la figura de este mundo, deformada por el pecado, pasa, pero se nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan en los corazones de los hombres*”(GS 39).

1049 “No obstante, la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en la medida en que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa mucho al Reino de Dios” (GS 39).

1050 “Todos estos frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestra diligencia, tras haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y según su mandato, los encontraremos después de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal” (GS 39; cf. LG 2). Dios será entonces “todo en todos” (*1 Co 15, 22*), en la *vida eterna*:

«La vida subsistente y verdadera es el Padre que, por el Hijo y en el Espíritu Santo, derrama sobre todos sin excepción los dones celestiales. Gracias a su misericordia, nosotros también, hombres, hemos recibido la promesa indefectible de la vida eterna» (San Cirilo de Jerusalén, Catecheses illuminandorum 18, 29).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

¡Thalitha qumi, niña levántate!

Las lecturas de hoy nos invitan a reflexionar sobre un tema sobrio; pero, saludable: la muerte. En la primera lectura escuchamos esta solemne declaración:

«Dios no hizo la muerte, ni goza destruyendo a los vivientes. Todo lo creó para que subsistiera; las criaturas del mundo son saludables: no hay en ellas veneno de muerte, ni el abismo impera en la tierra... Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su propio ser; pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo».

Estas palabras nos dan la clave para entender por qué la muerte suscita tanta repulsa en nosotros. El motivo es porque ella no nos es «natural»; tal como la experimentamos en el presente orden de cosas, es algo extraño a nuestra naturaleza, fruto de la «envidia del diablo»; por eso, luchamos con todas las fuerzas contra ella. Este nuestro insuprimible rechazo de la muerte es la mejor prueba de que nosotros no hemos sido hechos para ella, que no será ella la que tenga la última palabra.

En el fragmento evangélico encontramos una confirmación práctica de la afirmación de que Dios no quiere la muerte y que nuestro destino final será la «inmortalidad». Se trata de la resurrección de la hija de Jairo, uno de los relatos más impactantes del Evangelio, de aquello que en

literatura se llama «lo sublime». Está constituido por escenas, que se desarrollan en rápida sucesión y en lugares distintos.

Está, ante todo, la escena en la orilla del lago. Jesús está rodeado de mucha gente, cuando un hombre visiblemente angustiado se echa adelante, se arroja a sus pies y le dirige una súplica: «Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva». Jesús deja a mitad su discurso y se marcha con el hombre hacia su casa, seguido por una muchedumbre, que no quiere renunciar a la presencia del Maestro y espera quizás asistir a un milagro.

La segunda escena tiene lugar a lo largo del camino. Una mujer, que sufría hemorragias, se acerca a Jesús a escondidas para tocarle el manto y se encuentra curada. Mientras Jesús estaba aún hablando con ella, de la casa de Jairo vinieron a decirle: «Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?» Jesús, que lo ha oído todo, dice al jefe de la sinagoga: «No temas; basta que tengas fe». Esto es casi como un estribillo en la boca de Jesús. De igual forma, a la mujer curada de la hemorragia le había dicho: «Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud».

Y hemos aquí ya en la escena crucial, en casa de Jairo. Gran tumulto, gente que llora y grita, como es normal ante la muerte apenas acaecida de una adolescente. Les dice: «¿Qué estrépito y qué lloros son éstos? La niña no está muerta, está dormida». En consecuencia, arrojados todos fuera, toma consigo al padre y a la madre de la niña y a los que estaban con él y entró donde estaba la niña, «la cogió de la mano y le dijo: «Talitha qumi» (que significa: «Contigo hablo, niña, levántate»). La niña se puso en pie inmediatamente y empezó a caminar; tenía doce años. Y se llenaron de gran asombro. Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña».

Aquí se manifiesta el carácter «sublime» del relato: cosas extraordinarias, sobrehumanas, contadas con palabras muy sencillas y ordinarias, de modo que para hablar sean los hechos más que las palabras. La invitación a dar algo para comer de inmediato a la niña añade un toque de conmovedora humanidad al gesto de Cristo. En teología se dice que «los sacramentos son para los hombres»; lo mismo hemos de decir respecto a los milagros de Cristo: son para los hombres, no para sí mismo, para demostrar sus propios poderes. Esto es, también hoy, uno de los primeros criterios para distinguir cuándo se trata de verdaderos milagros, que provienen de Dios, y cuándo se trata de magia o de exhibicionismo. El padre Pío de Pietrelcina, recientemente elevado a los altares, no hacía nunca milagros para sí mismo o para demostrar que era un santo; los hacía o, mejor, los obtenía de Dios sólo para aliviar el sufrimiento de la gente.

Ahora bien, yo me pongo en los papeles de un padre y de una madre, que han tenido o tienen en este momento una hijita o un hijito «en las últimas» y escuchan este relato evangélico. ¿Qué deben pensar? «¿Y nosotros? ¿Y todos los que no han oído pronunciar junto al lecho del propio hijo el “*Talitha qumi*, niña levántate!”? ¿El Evangelio es, por lo tanto, “una buena noticia” sólo para algunos pocos afortunados, no para todos?»

Lejos de mí el pensamiento de abandonar la cuestión con argumentos, diríamos, a buen mercado. La pregunta es seria, como es serio el dolor y la angustia de quienes proviene, y que anuncia el Evangelio que debe respetársele y sumirse en este mismo dolor. A veces, el mismo Jesús, antes de realizar un milagro (y, quizás, antes aún de saber que tendría lugar un milagro), lloraba con quien estaba de luto. Lloró delante de la viuda de Naím, que había perdido al único hijo, y lloró con Marta y María, que habían perdido al hermano Lázaro. Nos lo recuerda así la palabra antes escuchada: «Dios no ha creado la muerte y no goza por la ruina de los vivientes» (cfr. 1 Corintios 15, 54ss.; 1 Timoteo 2, 3ss.). Dios sufre con nosotros, no se limita a mirar de lejos a nosotros, que sufrimos.

La verdadera clave para dar una respuesta a las preguntas formuladas antes, la única palabra, que puede arrojar un poco de luz en el vacío de aquel dolor, es precisamente la palabra «fe». Cuando Jesús recomienda la fe a las personas, que se dirigen a él, no pretende sólo la fe de que él puede realizar el milagro pedido, sino la fe en su persona. Fe que, esté o no el milagro esperado, no nos dejará nunca desilusionados sobre lo esencial. El Evangelio distingue netamente dos tipos de fe: creer algo y creer «en» alguien. Cuando se trata de Dios, el segundo es mucho más importante que el primero.

El diálogo de Jesús con la hermana de Lázaro se presta bien para ilustrar cuanto estoy diciendo. Marta dice a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá» (Juan 11, 21-22). Son tantos los padres y parientes de personas enfermas, que, orando, dicen a Jesús la misma cosa: «Señor, si hubieras estado aquí, y nosotros hubiésemos vivido en Palestina en tu tiempo, también nosotros, como Jairo, seríamos acogidos por ti... Pero, aún ahora ya sabemos que, si quisieses, podrías hacer un milagro...»

Jesús responde a Marta: «Tu hermano resucitará» (Juan 11, 23). Pero, Marta no se contenta con esta promesa suya aún demasiado remota. «Ya sé que resucitará en la resurrección, el último día» (Juan 11,24). Y he aquí la palabra definitiva de Cristo a Marta ya todos nosotros: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?» (Juan 11,25-26). El milagro mayor es creer «en» él. Después de esto, todo llega a ser posible. Frente a eso, la resurrección de Lázaro y los pocos años de más, que vivirá antes de morir aún, son poca cosa. La experiencia de muchas personas demuestra que también cuando no tiene lugar el milagro esperado, cualquier cosa puede suceder, gracias a la fe, que da un sentido nuevo a la vida.

Pero, ahora, debo hacer otra observación sobre el fragmento evangélico. He dicho otras veces que no existe sólo la muerte del cuerpo, existe también la muerte del corazón y del alma. La muerte del alma es cuando se vive en pecado; la muerte del corazón es cuando se vive en la angustia, en el descorazonamiento o en una tristeza crónica. Las palabras de Jesús: «Talitha qumi» (que significa: «Contigo hablo, niña, levántate») no están, pues, dirigidas sólo a muchachos y muchachas muertos, sino también a muchachos y muchachas vivos. Cuán triste es ver a jóvenes... tristes. Y los hay muchísimos alrededor de nosotros. La tristeza, el pesimismo, las no-ganas de vivir son siempre cosas malas; pero, cuando se ven y se sienten pronunciar por muchachos, todavía se aprieta más el corazón.

Hay adolescentes que lo tienen aparentemente todo, ordenador y moto comprendidos. Pero, si se intenta exhortarles a la esperanza y a la alegría, responden preguntando (y su rostro demuestra que no se trata sólo de una pose): «¿Me sabes decir un motivo, sólo uno, por el que debiera ser feliz?» Se quisiera responder: «Porque eres joven, porque Dios te ama, porque tus padres te aman...»; pero, uno se da cuenta de que no sirve para nada la respuesta y se limita a mirarles con piedad y ternura. A veces, en estos casos vienen ganas hasta de gritar tras de ellos: «¡Mundo pérfido y cínico, que matas de este modo la alegría de vivir de estos muchachos! Les prometes mares y montes y los dejas con la boca (y el corazón) secos».

Sin embargo, la invitación a tener fe está dirigida, también, a quien expone el Evangelio a los demás. Por ello, con la fe en el poder misterioso de las palabras de Cristo, no hemos de tener miedo de gritar a tantos muchachos de hoy, muertos en el corazón: ¡«Talitha qumi», arriba, muchacho, muchacha, levántate, sacúdete, «desnúdate de tu tristeza»; deja de regodearte en tu estéril pesimismo, camina hacia los demás y los otros vendrán hacia ti!

Jesús ordenó dar de comer a la niña resucitada y, también, a nosotros nos ordena ahora darles de comer; es más, se nos da él mismo para comer: «Tomad, comed: esto es mi cuerpo» (Mateo 26, 26).

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Nada es extraordinario para Dios

Aquella jornada –una de tantas que pasó Jesús en Palestina– fue, sin duda, memorable sobremanera para los protagonistas de los dos milagros que describe en esta ocasión san Marcos. Lo en gran medida extraordinario sorprende como es lógico. Tenemos muy claro el límite de lo natural, de lo razonable humanamente. Además, aquella mujer y la niña con su familia recibieron un regalo inmenso que, por así decir, revaloró de modo extraordinario sus vidas.

Para Jesús –en cambio– nada sale de lo natural. En el ámbito divino no se da lo extraordinario. De hecho, más de una vez y con toda naturalidad, diríamos, se extraña de que no terminen de entender que lo suyo es la omnipotencia. “¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?”, murmuran, por ejemplo, algunos escribas, cuando perdonó los pecados a un parálítico, puesto que el pecado, como es ofensa a Dios, que sólo puede perdonar el ofendido. Y, a continuación, cura de inmediato parálítico a la vista de todos, manifestando con un prodigio visible su poder como Dios y, por tanto, para perdonar los pecados. Otro tanto sucedió cuando los Discípulos, llenos de miedo por la tempestad en el lago, lo despiertan y con apenas su gesto calmó el viento: “¿Señor, sálvanos, que perecemos! Jesús les respondió: ¿Por qué os asustáis, hombres de poca fe?”, les reprocha.

Deberíamos suplicar humildemente el auxilio divino necesario para contemplar el mundo y nuestra vida cotidiana con todo realismo; sin olvidar, por tanto, que, junto a nuestras fuerzas y ante todo, tenemos en favor nuestro la fuerza amorosa de Dios. Más aún, debemos persuadirnos de que no es tan importante la propia capacidad, los logros personales o los méritos adquiridos. Todo lo nuestro –aunque imprescindible–, por grande que sea, por valioso que parezca, por mucho de sea el esfuerzo puesto en lograrlo, es en proporción insignificante frente a la Gracia de Dios. Es necesario el deseo de cada uno por agradar a Dios con lo cotidiano, y ese deseo también es válido, si tenemos muy claro el pobre límite de nuestro talento y que arrastramos no pocos defectos.

Es Dios mismo quien quiere –quien ha querido desde el principio– nuestras santidad y nuestra felicidad ya en este mundo. Esa santidad y esa felicidad que es completamente imposible –vale la pena insistir en ello– por más que la queramos, con nuestra solas fuerzas y por muchas cualidades y medios que podamos tener. La humildad, que es el sencillo reconocimiento de la verdad sobre el hombre y, en particular, sobre el concreto individuo que somos cada uno, nos lleva, si lo pensamos con calma, a que nos hace falta Dios. “Sin mí no podéis hacer nada”, aseguró Jesús con franqueza durante su Última Cena.

Pero podemos ahora considerar también, que ese favor divino tan decisivo para la felicidad y plenitud de sentido de la humana existencia, no es en absoluto un escondido y arduo tesoro accesible a duras penas. Por el contrario, Dios quiere enriquecer a su criatura querida. De hecho, Jesús nunca negó su favor sobrenatural, bien consiente de hasta qué punto nos es necesario y siendo incapaz de negar el bien a quienes tanto ama.

Los dos milagros del pasaje que hoy consideramos nos enseñan, por una parte que Dios es de suyo favor hacia los hombres: se diría que casi “sin querer” cura a la hemorroisa; por otra que está en

la realidad concreta y práctica de lo cotidiano, incluso de las necesidades más meramente humanas y materiales: “y dijo que le dieran de comer”, fueron sus palabras después de resucitar a la niña. ¿Dudamos a veces de que a Dios le importa mucho nuestra vida o de que hace siempre lo mejor?

Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, ejemplo, estímulo y consuelo nos asiste – pidámoselo confiadamente– para ganar en fe y esperanza; para que nuestro amor a Dios sea de paz confiada y feliz.

PALABRA Y VIDA (www.palabayvida.com.ar)

El último enemigo: la muerte

La primera lectura de hoy sacada del libro de la Sabiduría, comenzaba con estas palabras: *Porque Dios no ha hecho la muerte ni se complace en la perdición de los vivientes. Él ha creado todas las cosas para que subsistan; las criaturas del mundo son saludables, no hay en ellas ningún veneno mortal.* Este inicio tan dulce a nuestros oídos de hombres, cambia bruscamente después de las primeras líneas; la idea de la muerte nos hace regresar a la realidad. Sí, así habría tenido que ser, ¡pero la realidad es otra! Por la envidia del demonio, en el mundo entró la muerte y los que pertenecen a él tienen que padecerla. El corazón, sostenido por la palabra de Dios, nos dice “¡Vida!”, pero la experiencia responde “¡Muerte!”.

Era ésta la situación que había empujado la mente del pobre Job hasta el borde de la desesperación: el hombre, nacido de mujer, con una vida breve y cargada de tormentos, surge como una flor y se marchita; para el árbol, hay una esperanza, si lo cortan, al contacto con el agua vuelve a brotar y echa ramas como una planta nueva. Por el contrario, el hombre, una vez muerto, yace inerte para siempre (cf. Jb. 14, 1 ssq.). La victoria sobre la muerte estaba considerada una meta inalcanzable; si el hombre pudiese volver a vivir, ¡cómo esperaría esa hora! Pero no, como una montaña se desmorona y los aluviones barren la tierra, así tú aniquilas la esperanza del hombre. Qué deja detrás de sí y cómo serán sus hijos, no lo sabe; sólo siente su propio sufrimiento y está de duelo por sí mismo. Así, incluso la certeza de que Dios no quiere la muerte sino la vida, parece vacilar bajo los golpes de la triste realidad; el hombre se conduce de sí mismo y llora por su destino.

Pasamos ahora al pasaje evangélico: ¡es una marcha triunfal hacia la vida! Seguramente, el evangelista vio bajo esta luz aquel breve pero memorable viaje de Jesús desde la orilla del lago hasta la casa de Jairo. En el camino, una mujer lo toca y se cura de una penosa enfermedad incurable; al llegar a la casa, encuentra muerta a la muchacha; sin inmutarse, le toma la mano y le dice “Niña, levántate”, como poco antes le había dicho al mar “¡Calla, cálmate!”. De nuevo, hay estupor, ¡no sólo el mar lo obedece, también la muerte! Si el hombre pudiera volver a vivir..., suspiraba Job; he aquí un signo concreto de que puede volver a hacerla.

Hoy somos llamados a renovar nuestra fe en Jesús, Señor de la vida y de la muerte; en Jesús que salva, porque ésta es la nota dominante de hoy: la salvación. Una salvación que no se limita a la mente, al corazón o al alma, sino que abraza integralmente al hombre, a su carne no menos que a su espíritu. También la salud forma parte de la salvación.

Hemos tocado una tecla delicada en la que resulta fácil hacer trampa, y tenemos el deber de ser honestos con respecto al hombre que escucha la palabra, sin ilusionarlo con fáciles promesas ilusorias. ¿Qué promete el Evangelio de hoy: curaciones milagrosas para todos, resurrección de la muerte? Desde siempre, el hombre se encuentra en la búsqueda ansiosa de remedios para sus enfermedades, especialmente ante las que –y cada generación tiene la suya– se siente impotente.

¿Cuando el médico, es decir, la ciencia, se declara vencido, se recurre al curandero o al exorcista! Aceptamos cualquier esperanza. ¿Acaso Jesús es uno de estos curanderos de la última hora, al cual dirigirse cuando todo lo demás ha fracasado? Esto también puede ser, pero resulta un aspecto secundario de la cuestión. Las curaciones realizadas por Jesús no son manifestaciones taumatúrgicas limitadas a sí mismas; son signos, son como los sacramentos en acción. Un poco como el pan de la Eucaristía o el agua del Bautismo. Su grandeza no reside en lo que se ve o se produce en lo externo, sino en lo que significan y prometen.

¿Y qué significan, en nuestro caso, la curación de la mujer enferma y la resurrección de la hija de Jairo? Significan que Dios, en Jesucristo, ha retornado en su mano la suerte del hombre, que ha vuelto a manifestarse como aquello que en realidad es, el Dios de los vivos y no de los muertos (cfr. Mt. 22. 32); el Dios que hace triunfar la vida y que preserva la existencia de sus criaturas. Todo esto lo hace no eliminando la enfermedad, el deterioro y la muerte, sino rescatándolas, abriendo en ellas un pasaje a la vida. Un día la muerte no existirá más, ni el luto, el lamento o la angustia: todas estas cosas habrán pasado (cfr. Apoc. 21, 4). El último enemigo –la muerte– será aniquilado (cfr. Cor. 15, 26). He aquí la promesa contenida en aquellos signos, que hace de los milagros de Jesús otros tantos sacramentos de la esperanza.

¿Quién dice que eso es de veras una esperanza y no una ilusión? El hecho de que por lo menos uno recorrió todo ese camino: ¡Jesús! Él pasó por la muerte y ahora –lo sabemos– está vivo. El Evangelio de hoy sirve de prólogo a la Pascua de Cristo. Revela su sentido con anticipación.

Todo esto tiene sentido sólo en la fe: *Tu fe te ha salvado*, dice Jesús a la mujer. También hoy, lo que puede salvarnos es nuestra fe vivida “en la esperanza” (cfr. Rom. 8, 24).

Pero también así –es decir, en el riesgo de la fe y en el coraje de la esperanza– ¡qué grandiosa aparece la promesa de Dios! Toda ideología terrenal se detiene ante ese límite oscuro que es la muerte. Aun dentro del marxismo se abre camino esta duda: ¿qué sentido tiene liberar al hombre de todo el resto (opresión económica, miseria, injusticia, alienación), si después se lo deja solo, sin esperanza, frente a la muerte? ¿Acaso no es como acompañar a alguien hasta el momento de la ejecución, tratando de distraerlo a lo largo del camino?

Sólo la fe puede ir más allá y llevar al hombre de la mano hasta ese paso extremo, serenando sus pensamientos. Pablo exclama: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la muerte? Nosotros venceremos todas estas cosas (cfr. Rom. 8, 35 ssq.). San Francisco saluda a su muerte desde lejos, llamándola hermana: “Alabado seas, Señor mío, por nuestra hermana, la muerte corporal”. Nosotros probablemente no lleguemos a tanto; al contrario, cada vez que la muerte toque a alguno de los que nos rodean, seguiremos llorando por él y por nosotros mismos, pero será un llanto distinto al de Job: Jesús nos ha liberado del miedo de la “segunda muerte” (Apoc. 20, 14), la muerte eterna.

Aquel día, en la casa de Jairo, Jesús les mandó insistentemente que nadie se enterara de lo sucedido. No deseaba despertar entusiasmos mesiánicos y comprometer el desarrollo de su ministerio. Ahora ya no es así; hoy nos recomienda, al contrario, que lo hagamos saber a todos, que gritemos a los cuatro vientos lo que nos dijeron al oído; que lo hagamos saber sobre todo a los hermanos que se encuentran agobiados por la enfermedad o que luchan contra la muerte. Quizás hoy mismo encontremos a alguno de ellos, en casa o visitándolo en el hospital. En este momento, Jesús nos confía un mensaje para él: ¡Valor, yo he vencido a la muerte!

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía durante la Misa en la “Residenzplatz” de Salzburgo (Austria) (26-VI-1988)

– Creados para la incorruptibilidad

“Dios creó al hombre para la incorruptibilidad” (Sab 2,23). Esta gozosa confesión de fe del libro de la Sabiduría campea como un grito de esperanza en la solemne liturgia de este domingo. Es la respuesta a las perennes preguntas fundamentales del hombre, que vuelve a plantearse hoy con especial intensidad. El Concilio Vaticano II las formuló de este modo: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que continúan presentes en nuestra vida a pesar de todo el progreso? ¿Para qué esas victorias conseguidas a tan alto precio? ¿Qué viene después de esta vida terrena? (*Gaudium et Spes*, 10).

Sí, el anhelo de una vida indestructible, vivo en cada uno de nosotros, halla su realización plena en la obra redentora de Jesucristo. En el Evangelio de la Misa festiva de hoy lo encontramos en una circunstancia conmovedora. Un hombre llamado Jairo, jefe de sinagoga, se postra a sus pies y le suplica ayuda: “Mi hija está a punto de morir; ven, impón tus manos sobre ella, para que se salve y viva” (Mc 5,23).

En esta súplica se escucha el anhelo profundo de todo padre y de toda madre... Pero también se expresa en ella la fe fuerte del judío Jairo, que confía en que Jesús, el mensajero de Dios, salve a su hija de la muerte y le devuelva su vida y su salud. Cuando le llega la noticia de que la muchacha había muerto ya, Jesús se conforma con recordar a Jairo esa fe: “No temas; solamente ten fe” (V.36). Luego el Señor, con potestad divina vivificadora, dice a la hija muerta: “Muchacha, a ti te digo, levántate”. Y el evangelista añade: “La muchacha se levantó al instante y se puso a andar” (V.42).

Podemos imaginar que el jefe de la sinagoga dio gracias de todo corazón al Dios omnipotente por ese don inaudito; y tal vez lo hizo con las palabras del Salmo responsorial de hoy: “Señor, socórreme./ Cambiaste mi luto en danza./ Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre” (Sal 30/29,11-13).

En este acontecimiento de vida y muerte reconocemos cómo el Señor confirma en su persona las palabras del libro de la Sabiduría: “No fue Dios quien hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes. Él todo lo creó para que subsistiera. Porque Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, lo hizo imagen de su misma naturaleza” (Sab 1,13 s; 2,23).

– Plenitud de vida en Cristo

Para testimoniar esa verdad, devolvió Jesús la vida a aquella muchacha difunta. Sí, Él esta dispuesto a ser condenado por la increencia de los hombres a una muerte ignominiosa y a morir en la cruz para manifestar luego en su resurrección el poder de la vida, que es Él mismo. Como se dice hoy en la segunda lectura de la carta a los Corintios, el Señor se hizo “pobre” hasta el desprendimiento completo de la cruz. Se hizo pobre para hacernos ricos a nosotros, ricos de vida eterna. Cristo ha sembrado la respuesta de la vida, su propia vida divina, en la historia del hombre, que tiene que morir como exige la ley de la muerte. Su resurrección a una vida nueva y definitiva sigue presente y actuando desde entonces en el devenir del mundo; se ha convertido para siempre en fuente inagotable de esperanza. Cuanto hay de caduco y moribundo, comienza a revivir en la proximidad de Jesús, contagiado por su poderoso amor a la vida. El pobre y el ciego, el poseído y el leproso, todos ellos vuelven a ponerse en camino llenos de confianza, porque experimentan la fuerza vivificadora que sale del Señor. Quien piensa que ya no tiene salida es asumido por Cristo, que lo

devuelve a la vida con su palabra salvadora. Su promesa se aplica a todos nosotros: “Yo vivo, y también vosotros viviréis” (cf. Jn 14,19).

Esta frase del Señor se refiere a la vida en su forma suprema: la participación en la vida de Dios, que, como verdad y amor creador, es el único que es vida en sentido ilimitado. Cuando Cristo dice : “Yo vivo y también vosotros viviréis” esto constituye un reto y una promesa al mismo tiempo. Esa frase quiere decir: seréis como Dios, semejantes a Dios. En esta ocasión, tales palabras no proceden de la boca del tentador, sino del Hijo. Mediante ellas no se priva a la vida humana de ninguno de sus valores. Se presupone todo aquello que constituye la vida humana en su afán y en su belleza: poder pensar y entender; sentir alegría y dolor, amor y tristeza; asumir tareas y poder desempeñarlas; distinguir el bien y el mal. Y además, poder mirar más allá de nosotros, mirar a los demás la vida solo es total y plena si dejamos que Dios entre en contacto con nosotros por la fe y recibimos de Él la gracia del amor, que alcanza hasta la eternidad y hace que seamos ya “reino de Dios”.

– Sin miedo a la vida

La mayoría de nosotros es dolorosamente consciente de las muchas amenazas que pesan hoy sobre la vida. Y por eso se distingue el hombre que se da cuenta de tales amenazas y se opone a ellas.

Nosotros los cristianos, estamos llamados a afrontar este temor a la vida que se halla tan extendido y a ponerle diques de contención, proclamando y testimoniando el sí de Dios a la vida. Me refiero al miedo de hacerse viejo y disminuir en el ritmo de trabajo; al miedo ante las peligrosas posibilidades del hombre para la violencia y la destrucción; al miedo ante la muerte y la nada. Esos miedos están esperando ser compensados o incluso sanados por los valores positivos y esperanzadores de nuestra fe.

En Cristo encontramos la imagen de Dios, de acuerdo con la cual fuimos creados y que debe orientar cada vez más perfectamente nuestra vida terrena.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Como Jairo ante su hija gravemente enferma, muchos ven que nuestro mundo familiar, laboral, social, está también enfermo. El tejido social ha sido invadido por el cáncer del utilitarismo. Ya no hay principios. La falta de escrúpulos en los negocios, la corrupción política, jurídica, policial...; la mentira, la vulgaridad se adueñan de la situación.

¿Qué hacer para que el avance del mal no produzca una metástasis mortal? Acudir, como Jairo, a Cristo. “*Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella para que se salve y viva*”. En el camino hacia la casa de la enferma llegaron con esta noticia: “*Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro?*”.

¿No tenemos a veces la impresión de que hay obstáculos que no podremos superar nunca? Hay momentos en que parece que todo se derrumba. ¡Es inútil! ¡Esto no tiene arreglo. Con este marido, con esta mujer, con estos hijos, en este ambiente..., no hay nada que hacer; para qué molestarse! “Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo a Jairo: “*No temas; basta que tengas fe*”. Es la condición que pone el Señor para la solución de muchos de nuestros problemas. No perder la confianza en Dios.

Ya en casa de Jairo, encontró el Señor un gran alboroto y los llores de los que llenaban la casa, y les dijo: “*la niña no está muerta, está dormida*”. A los ojos de Dios las cosas no son como

las vemos desde nuestra postración espiritual, con una mirada exclusivamente humana y, menos aún, catastrofista. ¡No todo está podrido, ni carente de solución en nuestro mundo!

Dice el evangelista que “*se reían de él*”. No es fácil en las horas bajas de la vida evitar una mueca burlona y escéptica: ¡Hombre, no me hagas reír! ¡Esto no tiene solución! ¿Quién no ha mirado con ironía o con lástima a quien ofrece una visión optimista ante una catástrofe? *Se reían de Él*. Pero Jesús, tomando de la mano a la niña, la levantó y se llenaron de asombro. ¡Fe en Dios y en la Iglesia, y pondremos de pie muchas cosas que han sido abatidas!

Homilía Basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“Todo es posible para el que cree”

El autor de Sabiduría habla aquí de la muerte espiritual, de la separación definitiva de Dios, y también de la existencia sin fin junto a Dios; es decir, de la inmortalidad bienaventurada.

El acercamiento de la mujer enferma a Jesús, no tiene una motivación mágica aunque lo parezca. El evangelista descubre enseguida la verdad de su actitud: la “fuerza” que había en Él era algo escondido para el no creyente. La mujer no se ve salvada por haber tocado, sino por la fe. Y en el segundo caso, frente a la creencia generalizada de que Jesús no lo puede todo (“Tu hija ya se ha muerto”), Jesús destaca la fidelidad de Jairo: “Basta que tengas fe”.

Hoy se produce un fenómeno paradójico: nunca la sociedad ha alcanzado límites de secularismo como en nuestros días; y pocas veces ha llegado a extremos el uso de toda clase de elementos mágicos como ahora. El ocultismo y las “ciencias” adivinatorias ocupan hoy mucho espacio en los medios de comunicación. Y no digamos de las publicaciones de “Oraciones al Espíritu Santo”, a san Judas Tadeo, etc. Mientras lo mágico no se confunda con la fe, allá cada cual. La fe nunca ha de ser un elemento de manipulación.

“La fe es un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela. Pero la fe no es un acto aislado. Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se ha dado la fe a sí mismo, como nadie se ha dado la vida a sí mismo. El creyente ha recibido la fe de otro, debe transmitirla a otro. Nuestro amor a Jesús y a los hombres nos impulsa a hablar a otros de nuestra fe. Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros” (166; cf. 150-152).

“Dios puede revelar el porvenir a sus profetas o a otros santos. Sin embargo, la actitud cristiana justa consiste en ponerse con confianza en las manos de la Providencia en lo que se refiere al futuro y en abandonar toda curiosidad malsana al respecto. La imprevisión puede constituir una falta de responsabilidad” (2115).

“Todas las prácticas de magia o de hechicería mediante las que se pretende domesticar las potencias ocultas para ponerlas a su servicio y obtener un poder sobrenatural sobre el prójimo _aunque sea para procurar la salud_, son gravemente contrarias a la virtud de la religión. Estas prácticas son más condenables aun cuando van acompañadas de una intención de dañar a otro o recurren a la intervención de los demonios” (2117).

“Cuando los apóstoles decían al Señor que la turba le apretujaba, Él contestó: «Alguien me ha tocado» . Unos aprietan y la otra le toca. Muchos aprietan desagradablemente el cuerpo del Señor y pocos le tocan saludablemente. ¿Quién me ha tocado? Como si dijera el Señor: Busco a los que me

tocan, no a los que me aprietan. Ahora ocurre lo mismo, porque el Cuerpo de Cristo es su Iglesia, y, mientras la toca la fe de unos pocos, la aprieta una turba inmensa... La carne empuja, la fe toca... Levantad, pues, los ojos de la fe y tocad la orla externa de su vestido, que eso basta para la salud” (San Agustín, serm 77).

El que cree nunca utiliza a Dios; el que no cree, tal vez lo intente; pero Dios nunca utiliza ni a uno ni a otro.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

La muerte y la vida.

– La muerte que hemos de evitar y temer.

I. La Liturgia de este Domingo nos habla de la muerte y de la vida. La *Primera lectura*¹ nos enseña que la muerte no entraba en el plan inicial del Creador: *Dios no hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes*; es consecuencia del pecado². Jesucristo la aceptó “como necesidad de la naturaleza, como parte inevitable de la suerte del hombre sobre la tierra. Jesucristo la aceptó (...) para vencer al pecado”³. La muerte angustia el corazón humano⁴, pero nos conforta saber que Jesús *aniquiló la muerte*⁵. No es ya el acontecimiento que el hombre debe temer ante todo. Es más, para el creyente es el paso obligado de este mundo al Padre.

El Evangelio de la Misa nos presenta a Jesús que llega de nuevo a Cafarnaún⁶, donde le espera una gran muchedumbre. Con especial necesidad y fe le aguardan el jefe de la sinagoga, Jairo, que tiene una hija a punto de morir, y una mujer con una larga enfermedad en la que había gastado toda su fortuna; ambos sienten una especial urgencia de Él. Por el camino hacia la casa de Jairo tiene lugar la curación de esta enferma, que ha depositado toda su esperanza en Cristo.

Jesús se ha detenido para confortar a esta mujer. En esto, le comunican al jefe de la sinagoga: *Tu hija ha muerto; ¿para qué molestar ya al Maestro?* Pero Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a Juan para que fueran testigos del milagro que realizará a continuación. Llegan a casa de Jairo, y ve el alboroto, y a los que lloran y a las plañideras. Y al entrar, les dice: *¿Por qué alborotáis y estáis llorando? La niña no ha muerto, sino que duerme. Y se reían de Él...* No comprenden que para Dios la verdadera muerte es el pecado, que mata la vida divina en el alma. La muerte terrena es, para el creyente, como un sueño del que despierta en Dios. Así la consideraban los primeros cristianos. *No quiero que estéis ignorantes* –exhortaba San Pablo a los cristianos de Tesalónica– *acerca de los que durmieron, para que no os entristezcáis como los que no tienen esperanza*⁷. No podemos afligirnos como quienes nada esperan después de esta vida, porque *si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios a los que se durmieron con Él los llevará consigo*⁸. Hará con nosotros lo que hizo con Lázaro: *Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo*. Y cuando los discípulos piensan que se trataba del sueño natural, el Señor claramente afirma: *Lázaro ha muerto*⁹. Cuando llegue la muerte

¹ Sab 1, 13-15; 2, 23-25.

² Cfr. Rom 6, 23.

³ SAN JUAN PABLO II, *Homilía* 28-II-1979.

⁴ Heb 2, 15.

⁵ 2 Tim 1, 10.

⁶ Mc 5, 21-43.

⁷ 1 Tes 4, 13.

⁸ 1 Tes 4, 14.

⁹ Cfr. Jn 11, 11 ss.

cerraremos los ojos a esta vida y nos despertaremos en la Vida auténtica, la que dura por toda la eternidad: *al atardecer nos visita el llanto, por la mañana, el júbilo*, rezamos con el *Salmo responsorial*¹⁰. El pecado es la auténtica muerte, pues es la tremenda separación –el hombre rompe con Dios–, junto a la cual la otra separación, la del cuerpo y el alma, es cosa más liviana y provisional. *Quien crea en Mí, aunque muera vivirá, y todo el que vive y cree en Mí no morirá jamás*¹¹. La muerte, que era la *suprema enemiga*¹², es nuestra aliada, se ha convertido en el último paso tras el cual encontramos el abrazo definitivo con nuestro Padre, que nos espera desde siempre y que nos destinó para permanecer con Él. ***Cuando pienses en la muerte, a pesar de tus pecados, no tengas miedo... Porque Él ya sabe que le amas..., y de qué pasta estás hecho.***

–*Si tú le buscas, te acogerá como el padre al hijo pródigo: ¡pero has de buscarle!*¹³. Tú sabes, Señor, que te busco día y noche.

– **El pecado, muerte del alma. Efectos del pecado.**

II. Dice Jesús a Jairo: *No ha muerto, sino que duerme*. “Estaba muerta para los hombres, que no podían despertarla; para Dios, dormía, porque su alma vivía sometida al poder divino, y la carne descansaba para la resurrección. De aquí se introdujo entre los cristianos la costumbre de llamar a los muertos, que sabemos que resucitarán, con el nombre de *durmientes*”¹⁴.

No es la muerte corporal un mal absoluto. ***No olvides, hijo, que para ti en la tierra sólo hay un mal, que habrás de temer, y evitar con la gracia divina: el pecado***¹⁵, pues “muerte del alma es no tener a Dios”¹⁶. Cuando el hombre peca gravemente se pierde para sí mismo y para Dios: es la mayor tragedia que puede sucederle¹⁷. Se aparta radicalmente de Dios, por la muerte de la vida divina en su alma; pierde los méritos adquiridos a lo largo de su vida y se incapacita para adquirir otros nuevos; queda sujeto de algún modo a la esclavitud del demonio, y disminuye en él la inclinación natural a la virtud. Tan grave es que “todos los pecados mortales, aun los de pensamiento, hacen a los hombres *hijos de la ira* (Ef 2, 3) y enemigos de Dios”¹⁸. Por la fe conocemos que un solo pecado –sobre todo el mortal, pero también los pecados veniales– constituye un desorden peor que el mayor cataclismo que asolara toda la tierra, porque “el bien de gracia de un solo hombre es mayor que el bien natural del universo entero”¹⁹.

El pecado no sólo perjudica a quien lo comete: también daña a la familia, a los amigos, a toda la Iglesia, y “se puede hablar de una *comuni3n en el pecado*, por el que un alma que se abaja por el pecado abaja consigo a la Iglesia y, en cierto modo, al mundo entero. En otras palabras, no existe pecado alguno, aun el más íntimo y secreto, el más estrictamente individual, que afecte exclusivamente a aquel que lo comete. Todo pecado repercute, con mayor o menor intensidad, con mayor o menor da3o, en todo el conjunto eclesial y en toda la familia humana”²⁰.

¹⁰ *Sal* 29, 6.

¹¹ *Jn* 11, 25-26.

¹² *1 Cor* 15, 26.

¹³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, Rialp, 3ª ed., Madrid 1986, n. 880.

¹⁴ SAN BEDA, *Comentario al Evangelio de San Marcos*, in loc.

¹⁵ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, Rialp, 30ª ed., Madrid 1976, n. 386.

¹⁶ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, 2, 7.

¹⁷ Cfr. TANQUEREY, *Compendio de Teología ascética y mística*, Desclée, Madrid 1930, nn. 719-723.

¹⁸ CONC. DE TRENTO, *Sesión* 14, cap. 5.

¹⁹ SANTO TOMAS, *Suma Teológica*, 1-2, q. 113, a. 9, ad 2.

²⁰ SAN JUAN PABLO II, Exhor. Apost. *Reconciliatio et paenitentia*, 2-XII-1984, 16.

Pidamos con frecuencia al Señor tener siempre presente el *sentido del pecado* y su gravedad, no poner jamás el alma en peligro, no acostumbrarnos a ver el pecado a nuestro alrededor como algo de poca importancia, y saber desagraviar por las faltas propias y por las de todos los hombres. Que el Señor pueda decir al final de nuestra vida: *No ha muerto, sino que duerme*. Él nos despertará entonces a la Vida.

– **Apreciar sobre todas las cosas la vida del alma.**

III. Jesús no hace el menor caso a aquellos que se reían de Él; por el contrario, *haciendo salir a todos, toma consigo al padre y a la madre y a los que le acompañaban, y entra donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dice: Talita qum, que significa: Niña, a ti te lo digo, levántate. Y enseguida la niña se levantó y se puso a andar, pues tenía doce años; y quedaron llenos de asombro.*

Los Evangelistas nos han transmitido este detalle humano de Jesús: *y dijo que dieran de comer a la niña*. A Jesús –perfecto Dios y hombre perfecto– también le preocupan los asuntos relativos a la vida aquí en la tierra, pero muchísimo más todo aquello que hace relación a nuestro destino eterno. San Jerónimo, comentando estas palabras del Señor: *no está muerta, sino dormida*, señala que “ambas cosas son verdad, porque es como si dijera: está muerta para vosotros, y para mí dormida”²¹. Si amamos la vida corporal, ¡cuánto más hemos de apreciar la vida del alma! El cristiano que trata de seguir de cerca a Cristo, detesta el pecado mortal y habitualmente no incurre en faltas graves, aunque nadie está confirmado en la gracia. Y esa convicción de la propia debilidad nos llevará a evitar las ocasiones de pecado mortal, aun las más remotas. ¡Vale mucho la vida del alma! Y ese amor a la vida de la gracia nos moverá a la práctica asidua de la mortificación de los sentidos, a no fiarnos de nosotros mismos, ni de una larga experiencia, ni del tiempo que quizá llevamos siguiendo al Señor...; nos facilitará el amar la Confesión frecuente y la sinceridad plena en la dirección espiritual.

Para asegurar esa vida del alma debemos mantener la lucha lejos de las situaciones límite de lo grave y lo leve, de lo permitido o prohibido. Los pecados veniales deliberados producen un tremendo daño en las almas que no luchan decididamente para evitarlos. Sin impedir la vida de la gracia en el alma, la debilitan, porque hacen más difícil el ejercicio de las virtudes y menos eficaces los suaves impulsos del Espíritu Santo, y disponen –si no se reacciona con energía– para caídas más graves.

Pidamos a la Virgen nuestra Madre que nos otorgue el don de apreciar, por encima de todos los bienes humanos, incluso de la misma vida corporal, la vida del alma, y que nos haga reaccionar con contrición verdadera ante las flaquezas y errores; que podamos decir con el Salmista: *ríos de lágrimas derramaron mis ojos, porque no observaron tu ley*²². No importa tanto la muerte corporal como mantener y aumentar la vida del alma.

Chanoine Dr. Daniel MEYNEN (Saint Aubain, Namur, Bélgica) (www.evangelii.net)

Solamente ten fe

Hoy, san Marcos nos presenta una avalancha de necesitados que se acerca a Jesús-Salvador buscando consuelo y salud. Incluso, aquel día se abrió paso entre la multitud un hombre llamado

²¹ SAN JERONIMO, en *Catena Aurea*, ed. bilingüe, Madrid 1886, vol. 4, p. 131.

²² *Sal* 118, 136.

Jairo, el jefe de la sinagoga, para implorar la salud de su hija: «Mi hija está a punto de morir; ven, impón tus manos sobre ella, para que se salve y viva» (Mc 5,23).

Quién sabe si aquel hombre conocía de vista a Jesús, de verle frecuentemente en la sinagoga y, encontrándose tan desesperado, decidió invocar su ayuda. En cualquier caso, Jesús captando la fe de aquel padre afligido accedió a su petición; sólo que mientras se dirigía a su casa llegó la noticia de que la chiquilla ya había muerto y que era inútil molestarle: «Tu hija ha muerto; ¿a qué molestar ya al Maestro?» (Mc 5,35).

Jesús, dándose cuenta de la situación, pidió a Jairo que no se dejara influir por el ambiente pesimista, diciéndole: «No temas; solamente ten fe» (Mc 5,36). Jesús le pidió a aquel padre una fe más grande, capaz de ir más allá de las dudas y del miedo. Al llegar a casa de Jairo, el Mesías retornó la vida a la chiquilla con las palabras: «Talitá kum, que quiere decir: ‘Muchacha, a ti te digo, levántate’» (Mc 5,41).

También nosotros debiéramos tener más fe, aquella fe que no duda ante las dificultades y pruebas de la vida, y que sabe madurar en el dolor a través de nuestra unión con Cristo, tal como nos sugiere el papa Benedicto XVI en su encíclica *Spe Salvi* (Salvados por la esperanza): «Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito».
